

**Discurso de contestación al de Ingreso de  
D. Juan Bernier Luque en la Real Academia de  
Córdoba.**

Por José COBOS JIMENEZ

Señores académicos, señoras y señores:

En el piso veintitantos de un hotel de Nueva York, «frente al con- sabido paisaje vertical de ventanas y falso granito», estaban un día Pedro Salinas y Dámaso Alonso, charla que te charla de las cosas de España. Pedro Salinas, cuya muerte acaecería aquel mismo año (1951), preguntó, entre divertido e irónico, si no hubo terremoto en la Real Academia Española con ocasión del entonces reciente ingreso de Vicente Aleixan- dre. Dámaso contestó que no, que no lo había habido, porque ya estaba allí el Gerardo Diego de **Imagen**, aunque hoy —y mucho más entonces— resulte ya un Gerardo, digamos, prehistórico. Pero tampoco hubo con- vulsión en el antiguo caserón de la madrileña calle de Felipe IV cuando el propio Dámaso, incluida su **Mujer con alcuza**, arribó al sillón acadé- mico, ni con motivo del ingreso posterior de Foxá, Cela o Luis Rosales, ni siquiera en la Academia Francesa cuando llamó a sus puertas Jean Cocteau, el más travieso y destructor «enfant terrible» que en el mundo ha habido. Y es que las Academias no son esas entidades anquilosadas que muchos creen, donde se parapetan los fósiles mentales para entro- nizar y rendir culto al veterismo momificado de «lo viejo por lo viejo» y donde toda novedad resulta sospechosa de delito, sino órganos vivos de la Cultura, nobles troncos seculares que aceptan de buen grado la savia renovadora de las generaciones nuevas.

Nuestra Academia es claro exponente de ello, gracias al encomiable criterio de nuestro Director, compartido por todo el Cuerpo Académico, de traer a su seno, recientemente, a dos cordobeses de la provincia que no sólo pueden representar con toda dignidad el espíritu nuevo, sino

que han alcanzado una categoría eminente en el campo de las Letras. He aludido a Ricardo Molina y a Juan Bernier. Bien sé que estamos esta noche en la recepción académica de este último, pero son dos nombres cuya identidad generacional, cuya vinculación en los días aurales y de apogeo de **Cántico**, cuya significación en nuestra panorámica cultural, nos impide el separarlos por completo, del mismo modo que, recurriendo a un símil taurino que no es del todo inoportuno en Córdoba, no es posible citar a «Joselito» sin traer a capítulo a Belmonte. Son dos estilos que, en su riqueza parigual, suscitan el inagotable comentario de su variopinta diversidad. El de Ricardo Molina, por decirlo de algún modo, es más diáfano y difícil a la vez, más cerebral y cartesiano, más largo y más dominador, como el de «Gallito» en los toros. El de Bernier es más ardoroso y humano, menos puro, pero más apasionado y cordial, más en la línea belmontina de arrimarse al toro y mancharse de sangre la taleguilla. Hay todo un mundo de diferencias en estos dos estilos que comentamos y cuyos ejemplos, en la Poesía y en la Pintura como en la Música y hasta en el Cante, serían interminables: uno, en fin, «es como un libro de ejercicios estéticos, como un cuadro de teoremas literarios —tal es el caso de Gabriel Miró en opinión de Guillermo Díaz Plaja—, y otro es como un turbio torrente arrollador —que sería el caso de Baroja—; o sea, escritores y poetas de juego de agua y surtidor (Góngora), y escritores y poetas de empuje turbio y fluvial (Lope)».

Como Molina y Bernier, antes que nada y por encima de todo, son taumaturgos, transfiguradores de todas las cosas, intérpretes de los misterios manifiestos y no «destiladores abstemios de insulsos licores que no embriagan», es decir, como los dos son poetas en el sentido original y sagrado de la palabra, y la Poesía, como el Cante, tiene su **voz propia**, podríamos apurar el símil diciendo que el estilo de Ricardo Molina participa de las cualidades de la **voz redonda o flamenca**, que es clara y dominadora, sin excluir peculiaridades de la **voz natural**, como en el caso de Tomás Pavón y Manuel Torre respectivamente, y el estilo de Bernier tiene acentos que le asemejan al de Francisco Ortega «El Fillo» y al de Manolo «Caracol», esto es, una voz menos límpida, quizá con menos recursos, más cálidamente ronca y rozada, más recia y desgarrada, más «afillá», en una palabra.

Hoy, Juan Bernier, después de una larga cuarentena de casi veinte años en expectante situación de académico correspondiente, alcanza la categoría de numerario en su momento justo, en plena madurez de su talento, ni antes ni después, sino en ese punto glorioso e irreplicable en

que los vinos, después de una azarosa y larga crianza «de flor», van dejando de ser finos a secas y truecan la fragilidad de su palidez primigenia y fragante por el áureo matiz «amarillo moreno» de los amontillados nobles; pero es la hora también en que, como el propio Bernier ha dicho, «el ver claro ha resultado demasiado amargo», en que se sabe ya que añadir ciencia es añadir dolor. Es la edad casi otoñal en que Feijóo se pone a escribir su **Teatro Crítico Universal** y Cervantes el **Quijote**, Rilke sus **Sonetos a Orfeo** y Lampedusa **El Gatopardo**, pero es también la edad en que ya se está suficientemente maduro para ver que todo está como impregnado de ese dolor universal que emana del dolor personal de cada hombre, maravillosamente expresado por Otelo cuando exclama: «¡Qué lástima, Yago, que lástima!». No la lástima explícita y determinada, concreta, sino una lástima chorreante y difusa como una fina lluvia cerrada, una lástima de todo y por todo, que en fin de cuentas no es sino compasión, esto es, un sentimiento de ternura. Es, en fin, la edad en que «el hombre sabe ya que no se es dichoso» y sabe que, desde que existe el hombre, ningún hombre ha sido jamás dichoso, cuando se ha visto un poco lo que es la existencia. Charles Péguy lo ha dicho de modo insuperable: «Es un sentimiento turbio, de vergüenza de sí mismo, que pertenece a una clase de remordimientos que no se pueden sacudir de encima; uno quiere entonces desquitarse, y, por una necesidad profunda de compensación, y sin duda de hacerse perdonar, todo refluye: el remordimiento, la pena, la antigua e irrevocable decepción». Somos terrestres y estamos manchados. Boris Pasternak habla de este «espacio terrestre» de las cosas manchadas, y Hopkins alaba a Dios incluso por esas cosas manchadas también. Hay más ternura y amor y más humano interés en la humilde cebolla del niño hambriento de Miguel Hernández y en el cubo de basura de Rafael Morales que en las insípidas peripecias de la guerra de los mundos de H. G. Wells o del horrible **brave new world** de Aldous Huxley. Lo que nos interesa sobre todo es el Hombre y su tragedia, pues —como dice Ramón Gómez de la Serna— el episodio humano tiene más importancia que el de todas las estrellas juntas.

Somos de la tierra, «¡Oh tierra en que nací!», exclama Antonio Machado; «¡ara gigante, tierra castellana!», contesta Unamuno; «residencia en la tierra», puntualiza Neruda; «La tierra», titula Blas de Otero; «Los días terrestres», dice Vicente Núñez; «tierra que nos quema el llanto», corea Mario López, «con el oído en tierra, sobre la tierra yerma», insiste Pablo García Baena. Y un suplemento de Bernier a la revista **Cántico** lleva por título **Aquí en la tierra**. Somos telúricos; «pero ser de la tierra

—como escribió Pedro Alvarez con su increíble plasticidad— es estar enraizado en ella por cada célula nerviosa como raicilla de los sentidos, sumido en su sustancia, en el tempero que los muertos y los vivos sazonan, con las muertas y vivas culturas», mas «sintiéndole siempre bajo los pies, como soporte o resorte para el último salto, terrón con hormiguero por entrañas, pero sobre él, como alondra esperando amanecer que cante el alma».

No puede ser, en efecto, de otra manera, y así lo han entendido casi todos los poetas, con la excepción quizá de Demócrito y Lucrecio y su exigua docena de seguidores, perdidos en la negrura indecible de su pretendida claridad, sumidos en la clarividencia de una muerte total, condenados a las sombras sin posible redención de las teorías más radicalmente materialistas, más totalmente cegadas a la inmortalidad de toda la historia del pensamiento.

Lo poético se ha considerado siempre como profundamente religioso. Papini iba incluso más lejos cuando, por boca de su apócrifo Papa Celestino VI, nos decía que todo gran poeta fue en rigor un poeta cristiano, aun cuando naciera antes de Cristo o lejos de El. Y así Homero es cristiano cuando hace llorar a Príamo a los pies del plañidero Aquiles, Esquilo también lo es cuando compadece al titán encadenado en el Cáucaso, Sófocles lo es asimismo en la piedad filial y paterna de Antígona. «De otra parte —añade este supuesto y fabuloso Papa—, los libros mejor tallados del Antiguo Testamento son libros poéticos: el Evangelio es un poema que se abre con el candor de una pastoral, culmina en la más alta tragedia que vieron los siglos y se cierra con el fulgor de una apo-teosis». El propio Juan Ramón, tan soberbio en su fanal de maníaca **pureza** y de lírico panteísmo, se ablandará al final de sus días y nos dejará la frescura de estos versos delatores:

«Dios del venir, te siento entre mis manos,  
aquí estás enredado conmigo, en lucha hermosa  
de amor, lo mismo  
que un fuego con su aire»,

coincidiendo en cierto modo nada menos que con San Juan de la Cruz cuando decía que, en la lucha final, seríamos juzgados en el Amor. Y en ese libro que Bernier nos tiene anunciado, bajo el título de **Mi historia universal**, no podrá faltar Dios, porque, de uno u otro modo, no es posible eludirlo en la historia universal de todos y cada uno de los hombres,

y porque ya está presente en su obra anterior, «enredado con él en lucha hermosa de amor», por acerbo o escabroso que sea el tema, y aunque el poeta, con la humilde actitud de reconocimiento de sus miserias de hombre que nos conmueve en el publicano del Evangelio de San Lucas (18, 13), no quiera pasar nunca, respetuoso, de la primera losa del templo, dirá que:

«allí donde los mendigos extienden sus manos suplicantes,  
extenderé las mías muy abiertas, aunque sólo sea para  
recoger tu mirada...»

En cualquier caso, como proclama en otro pasaje,

«Tu nombre, ¡oh Dios, Padre mío!, está siempre  
en mis labios».

Aludíamos antes a esa rara virtud de ser fieles a la tierra, como Bernier lo ha sido siempre, consecuentes con esa llamada y ese tirón ancestral que, sin menospreciar los avances portentosos de la Ciencia, nos hacen interesarnos más por la «miscelánea terrestre» —por la flagrante injusticia que se ha visto, por la tragedia inacabable de la comedia humana, por las angustias de este o aquel hombre, por el último libro de Rafael Alberti e incluso por las confidencias de Mlle. Gilot a propósito de las **boutades** de Picaso— que por las asépticas aventuras espaciales del cosmonauta de turno. El hombre, como ha señalado el profesor López Ibor, puede evadirse de este planeta, expatriarse en el inmenso espacio del silencio sideral, y dejar que diminutos aparatos electrónicos le sustituyan; lo que no podrá hacer nunca es evadirse de sí mismo, pese a los progresos de la Astrofísica.

Dudo mucho que, a lo largo y a lo ancho de la geografía española, haya un escritor más religado y consagrado a su tierra, con una tan plena y desinteresada dedicación a ella. Sólo Ricardo Molina podría competir con él. Por eso, no sé si nos damos cuenta cabal de lo que significa esa seria, solvente, perseverante labor casi diaria en la prensa local, a modo de fulgurante glosario donde cualquier tema local o provincial recibe tratamiento soberbio y magistral. **Tierra nuestra**, ese efímero recuadro del periódico a modo de cátedra ambulante, puede ser nota o artículo, lección o ensayo, advertencia o aplauso, consejo o reseña, aviso o poema, elegía o madrigal, inscripción lapidaria u oda barroca, dato erudito o comentario oportuno, piropo o denuesto, requiem o aleluya: que todo eso y mucho

más cabe en sus doscientos centímetros cuadrados de tosco papel impreso. No tengo el menor inconveniente en decir que esas miniaturas volanderas serán recogidas un día por la posteridad con respeto indecible y colocadas en el marco de oro que reclama toda obra de arte hecha con exigente rigor y con honestidad y en la que se ha puesto el talento y el corazón. ¿Es que todo reconocimiento —en Córdoba, en España— ha de tener la triste y gloriosa condición de postrero?

Pero, en Bernier, no sabemos, a veces, qué admirar más: si la calidad de su obra o sus cualidades humanas. Este doble reconocimiento no puede conseguirse por el chapuz, por la abdicación del propio rigor cualitativo, ni mucho menos, en lo personal, por trámites de compadrazgo o ibéricos andamiajes de oportunismos y de componenda. Se ha dicho que un poeta no es siempre el que hace versos, y viceversa, y que la poesía verdadera es iluminadora, purificadora y redentora. Pues en Bernier se armonizan el saber erudito y la poesía adivinadora. Así, detrás de sus elaborados poemas, entrevemos todo un mundo de cultura y erudición, y en sus trabajos científicos —porque lo son, y de buena ley— palpita el halo inconfundible de la poesía y tienen la impronta casi divina de la gracia poética, porque es verdadero estado de gracia el del poeta en los momentos de más feliz inspiración, «cuando la humildad abre paso a lo sublime» y todo se resuelve al final en expresiones de un sentimiento inefable y no en elucubraciones de una idea. En cualquier caso, si debajo del hombre y del escritor no late un corazón que ha vivido, que ha sufrido y que ha compadecido, creo que la obra, de cualquier índole que sea, será siempre una cosa seca y vacía.

Bernier, como persona, está en esa línea llamada del corazón, y, como escritor y poeta, en la línea d'orsiana de lo que don Eugenio llamaba «la obra bien hecha». Bernier es, además, lo contrario de lo postizo y de lo artificioso, el antídoto de aquella «infinita vanidad de todo» de que nos habla Leopardi, y cumple con su misión de intelectual ayudando al hombre con su sinceridad, con su honradez y con su autenticidad. Bernier, como una aspersión de agua bendita aplicada a Lucifer, provoca la desbandada de la hipocresía, de la fatuidad y del engolamiento. El está como en realidad quisiéramos estar todos cuando de verdad queremos vivir:

«...con nuestro gastado pijama  
quedábamos en casa,  
con nuestros libros, nuestro café, nuestra soledad;  
y, cuando queríamos gozar, nos desnudábamos enteramente...».

Admirable por demás en su filial y humilde devoción por Córdoba, «cuyo suelo es de plumas de arcángeles»: tal le parece a él cuando deambula por la ciudad amada con sus vulgares zapatos, abstraído en su breviario invisible, en su meditación de cada día, que cuajará después en el recuadro por donde, «cinematógrafo del mundo», pasará la cueva y la nube, la cima y la sima, la piedra y la flor, la arqueología y el turismo, el castillo y la plaza, la mujer y el niño, el pájaro y el río, «cambiando a cada instante desde el tono epigramático a la grave afirmación de puras ideas».

No a todos se les debe ni se les puede decir estas cosas, pues, aunque en mis labios apenas tengan valor, siempre se corre el riesgo gravísimo de enfatuar al destinatario. Tratándose de nuestro académico, el peligro está conjurado. Su sencillez, su alegría a toda vanidad, su condición de hombre libre e independiente, su plácida rebeldía contra la insoportable inquisición del compromiso externo, el ser a toda costa leal consigo mismo —tesoros que don Gregorio Marañón quería conservar a trueque de todas las posibles amarguras—, son suficiente garantía de ello. Porque Juan Bernier puede muy bien hacer suyos aquellos versos de Santillana:

«Sea otro quien lleve la corona de laurel;  
mi corona es burlarme del ardor del que corre,  
con apacible asombro y sonrisa benigna».

Tengo que dar las gracias al nuevo académico por el honor que me ha hecho al invitarme a contestar a su bello discurso de ingreso, pieza memorable donde el asombroso Palomino queda situado en su etéreo firmamento barroco, por el que se adentra «universalmente», al paso y al vuelo universal de todos los cordobeses. Y con el embarazoso estupor del flamante párroco imberbe a quien se le entra por las puertas de la iglesia el adulto hecho y derecho en demanda de bautismo, con la turbación del soldado que tuviese que condecorar al general glorioso, os digo: Ilmo. Sr. D. Juan Bernier Luque, sed bienvenido a la Real Academia de Córdoba.